

regrinos, altares y calvarios; es decir, sobre lugares que forman parte del imaginario religioso colombiano y están estrechamente ligados a la carretera, bien sea como meta del viaje o recuerdo erigido al pie del camino por la pérdida de algún ser querido. En esta parte de la obra se pone particular interés en los lugares de peregrinación, acerca de los cuales no falta la descripción de los promeseros y del ambiente que rodea tales sitios. También se habla sobre los altares al pie del camino, por lo que se incluyen tanto las costumbres relacionadas con ellos como la enumeración de los patronos más populares. Al final del capítulo se habla sobre los restaurantes y ventas de carretera, cuyos productos, como dice el autor, tienen nombres que "parecen elaborados más por un poeta que por un cocinero", tales como "plátanos en tentación" o "tamales de resplandor".



Un lugar aparte merece el glosario que se encuentra al final del libro, pues constituye una colección de expresiones populares en torno al transporte. Allí podemos enterarnos de que "alpargatiar" significa 'acelerar', un "carevaca" es un Toyota Land Cruiser, un "volcán" representa un derrumbe en la carretera, un "yis" es un campero, y el "representante", el ayudante del conductor.

Este libro de Mejía Arango cumple cabalmente su función como difusor de una tradición y una historia marginadas por sucesos más espectaculares y trágicos. Constituye

otra visión de Colombia, más ligada a la esperanza, la inventiva y la vida cotidiana del hombre y la mujer colombianos. Después de todo, debido a lo difícil del territorio, la historia del transporte en Colombia es una historia épica y, por tanto, un recuerdo de que los obstáculos existen para ser vencidos.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

## Un carnaval en busca de plumas

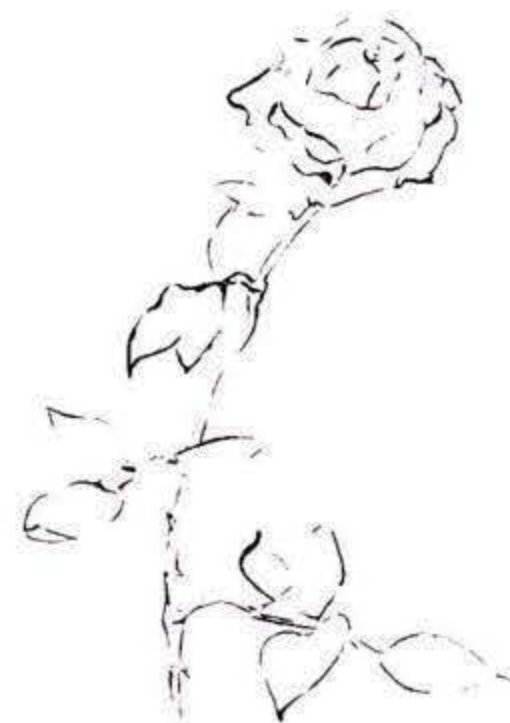
### Carnaval en La Arenosa

Laurian Puerta (comp.)

Fondo de Publicaciones  
de la Universidad del Atlántico,  
Barranquilla, 1999, 116 págs.

El Carnaval de Barranquilla tiene una bibliografía escasa pero creciente: desde hace más de cincuenta años se están publicando ensayos y crónicas sobre esta fiesta, sobre todo por antropólogos, folcloristas y periodistas; en este sentido, Diario del Caribe, periódico barranquillero hoy desaparecido, realizó en sus revistas dominicales números monográficos de gran calidad intelectual y visual gracias, entre otros, a la extraordinaria coordinación editorial del también desaparecido Julio Roca Baena. Más recientemente, Nina S. de Friedemann publicó *Carnaval en Barranquilla* (1980), el primer libro orgánico sobre esta fiesta, y casi un decenio después apareció *Memorias de los Foros del Carnaval* (Adolfo González Henríquez y Deyana Acosta Madiedo [comps.], 1989), colección de ponencias de unos eventos realizados durante los años ochenta por la Cámara de Comercio de Barranquilla y que sintetizan las preocupaciones de la ciudad desde el punto de vista cultural, organizativo y socioeconómico, que culminaron con la creación de Carnaval de Barranquilla S. A., actual ente

coordinador de la fiesta. Aquí está una contribución de Antonio María Peñaloza: *La música en el Carnaval de Barranquilla*, corta pero vibrante, que sigue siendo una de las mejores referencias para la investigación de la música costeña; y, en términos generales, la mayoría de los materiales de esa recopilación tienen plena vigencia. Con estos antecedentes, sumados al auge mundial de los estudios culturales, durante la década de los noventa aparecieron una serie de libros y revistas monográficas sobre el Carnaval de Barranquilla, entre los cuales se destaca *Cuadernos para el desarrollo local*, núm. 4, de la Fundación Social (1999).



Resolviéndose a navegar en este río, últimamente se ha lanzado Laurian Puerta, abogado, periodista, cuentista, editor y hombre con el olfato desarrollado en temas culturales. También es promotor de eventos y proyectos relacionados con el carnaval y la música costeña, y entre ellos, el libro reseñado, que es una compilación de ensayos sobre el Carnaval de Barranquilla, que engrosa la creciente lista de obras que tienen por tema esta fiesta tan atractiva. Editado por la Universidad del Atlántico en un intento de darle estatus académico a este tipo de investigaciones, tiene una parte visual sobria pero bien seleccionada, a cargo de Fernando Mercado, Aser Vega, Isaías Cárdenas y Óscar Berrocal. La parte escrita está constituida por ensayos que tienen un denominador común: la noción de



"identidad cultural" que alude a una permanencia estática de elementos culturales comunes a una sociedad determinada, en este caso el Caribe colombiano; se trata de una noción problemática, teniendo en cuenta que toda cultura es cambiante y aferrarse a ella significa fijar de una vez por todas lo que en realidad se reelabora todos los días. De todos modos lo anterior, que no es sino una opinión, no descalifica el trabajo del libro sino que contribuye a enriquecer la discusión con miras a profundizar la mirada hacia el futuro. Estos ensayos admiten clasificaciones atendiendo al contenido: crónica periodística ("San Agatón: santo patrono del carnaval" por Laurian Puerta), homenaje a un santo que conmemoran Mamatoco y Taganga el sábado de carnaval y los obreros portuarios de Santa Marta y Ciénaga en su día de fiesta, que es el 10 de enero; crónica ligera ("Tradición y costumbres populares del carnaval" por Alfredo de la Espriella); inventario subregional ("Aportes del Magdalena al carnaval negro" por Edgar Rey Sinning), registro de los elementos aportados por el Magdalena Grande, donde acepta como leyendas populares lo que no son sino inventos de los folcloristas (leyenda del caimán de Ciénaga, por ejemplo); historia de las mentalidades ("Carnaval, sociedad y cultura" por Jorge Conde Calderón y "Oralidad y carnaval" por Luis Alfonso Alarcón), donde buscan, el primero, conectar carnaval con historia local y cierto eclecticismo metodológico, y el segundo, llamar la atención sobre la necesidad de estudiar la oralidad de esta fiesta; la socialbacanería ("Cuatro días bajo el signo de la música caribe" por Rafael Bassi y Jairo Solano), un recorrido por orquestas y sitios de diversión del Carnaval de Barranquilla, organización de la nostalgia más que ensayo riguroso, donde nos recuerdan los pasos marginales del gran Pedro Ponce (Pietro Pontì), una maravilla bohemia como pocas en este país; crónica social ("Ritualidad urbana y carnaval" por Rafael Soto Mazennett y "El carnaval: universo mágico de la alegría" por

Martin Orozco Cantillo). La impresión que queda en la retina al terminar la lectura del libro es interesante: pienso que si bien en Barranquilla no hemos llegado a las alturas de clásicos del carnaval como Da Matta o Le Roy Ladurie, o aun de John Cowley o Alma Guillermoprieto, el hecho es que los investigadores barranquilleros están escribiendo.

ADOLFO GONZALEZ  
HENRIQUEZ  
Departamento de Sociología  
Universidad del Atlántico

## Una bella serenata con música de acordeón

**Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta. Adolfo Pacheco**

**y el compadre Ramón, vol. I**

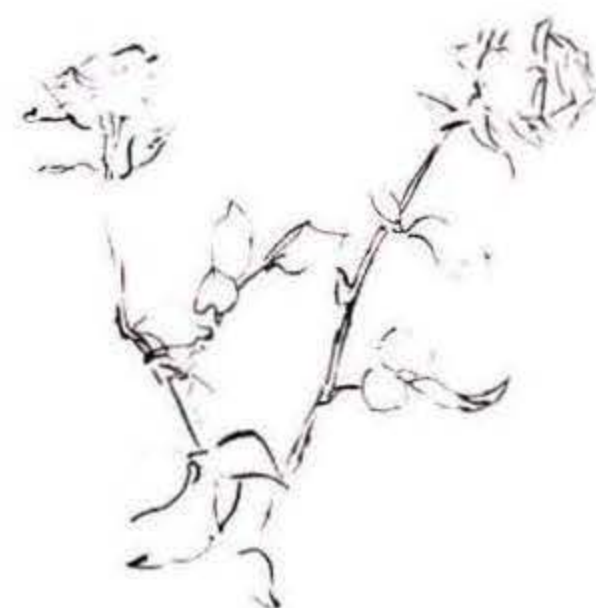
*Numas Armando Gil Olivera*

Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco, Barranquilla, 2002, 209 págs.

Autobiografía y reportaje, historia regional de la cultura y de la pedagogía, esbozo biográfico y reflexión filosófica, el libro *Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta. Adolfo Pacheco y el compadre Ramón*, de Numas Armando Gil Olivera es la historia de una herida muy honda que le dolió y casi mata a un infante sanjacintero y de su lenta, pero afortunada curación.

Siendo muy niño aún, a Numas Armando, el hijo de Geño Gil y de Tilsa Tulia Olivera, lo sacaron a la brava del patio celestial de su casa (con sus caballos de palo y sus trompos seditas y sus bolitas de uñita) y lo metieron al cuartel escolar del Instituto Rodríguez, un colegio que tenía como lema tácito "la letra con sangre entra", para cuyo eficaz cumplimiento se contaba con la penca negra (lista para la cueriza) del profesor Pepe, las arrodilladas sobre granos de maíz y la regla rencorosa.

Desde el primer día Numas lloraba hacia dentro, sin lágrimas, y se consolaba recordando los juguetes difuntos o contemplando la posibilidad de aceptar, cuando los soltaran, la invitación de un compañerito que vivía en la plaza, al segundo piso de su casa, al lado del cine, para ver, sin pagar, las películas mexicanas de Palillo. La situación sólo cambió para él, años después, cuando llegó al salón un ser excepcional que regresaba del friolento Bogotá, un profesor de vestidos color miel, al cual los alumnos casi no le prestaban atención, quien por medio de la palabra y el canto fue ubicando a Numas y a sus distraídos condiscípulos, en el reino de este mundo, al hablar en sus clases del bostezo y del eructo, del río y de la montaña, de los números y de la historia, despertándole, de paso, una interminable avidez por la vida y su comprensión. En medio de las sombras de la infancia escolar, el profesor Adolfo Pacheco Anillo le señaló a su secreto y callado pupilo un camino luminoso, el del conocimiento como consuelo y como proyecto de vida.



Para Numas fue como bajar de las nubes estériles del dolor por el final de la infancia y fijar su residencia en la tierra, abrirse a la esperanza, al deleite de la realidad y sus dones, y al eros del conocimiento, e intuir, para siempre, que la filosofía no surge del exclusivo comercio con los libros, sino de la experiencia de la vida vivida a plenitud, día tras día, en el aula, en la cantina, en el patio, en la plaza, en el Land Rover, en la ciudad, pues cualquier lugar es propicio para el complejo ejercicio del criterio.